

Antonella ROMANO

Impresiones de China. Europa y el englobamiento del mundo (siglos XVI-XVII)

Marcial Pons Historia (Colección Ambos Mundos), Madrid 2018, 421 pp.

Antonella Romano, Directora de Estudios de la EHESS (París), muestra sus profundos conocimientos de historia de la ciencia, de la cultura y de los saberes de los misioneros católicos, y los pone al servicio de una idea tan impresionante como la de los protagonistas de esta historia: enseñarnos China a través de los escritos europeos que explican sus conocimientos científicos y culturales (matemáticas, astronomía, cartografía), en los siglos XVI y XVII. La autora justifica un neologismo, «englobamiento». Se trata de entender, de modo relacional, cómo se fue comprendiendo la realidad del mundo; cómo, a través del conocimiento, se fijó el lugar que cada continente ocupaba. Los países, pues se «engloban», se meten en el mundo conocido; los intelectuales acceden a un nuevo conocimiento.

Occidente conocía China desde la edad media, pero ¿cómo era exactamente? América distrajo la atención y, por un tiempo, China quedó como al margen; también se la confundía con Japón. Pero 1585 será el «momento asiático de la universalidad católica» (p. 96), cuando China queda diferenciada. Luego, irá siendo conocida –dada a conocer– mediante los escritos de los misioneros católicos. El proceso de descubrimiento de China por los evangelizadores que trabajaron allí no dependió sólo de quienes escribieron, sino también de los receptores.

Es necesario conocer ambas partes. Los receptores habían enviado a los misioneros, en particular la Sede romana y la dirección de la Compañía de Jesús, pues jesuitas fueron, mayoritariamente, los misioneros en China. La intención evangelizadora era clara, pero podía haber también incidencias políticas. Además, el Papa tenía que elegir sus emisarios. A ese respecto, hay que considerar la rivalidad entre órdenes y

congregaciones religiosas por conseguir la exclusiva de la evangelización de la China.

Todo contribuye a influir en el punto de vista de los escritores, jesuitas. Debían dar a conocer la realidad, pero también defender su trabajo. En el libro se desgranar las razones que supuestamente movieron a los escritores a adoptar determinados enfoques en sus libros para justificarse. Los misioneros tenían que mostrar que en China podía haber conversiones, que los propios jesuitas conocían bien la región y adelantaban en la evangelización, para que en Roma mantuvieran sus misiones. Tenían que defender los métodos utilizados, en consonancia con el nivel cultural y científico de China, tanto o más que el de Europa. Un debate atraviesa el libro, si el misionero debía ser más científico que religioso, hasta qué punto tenía que identificarse con el quehacer científico que los chinos admiraban, en posible perjuicio de pedir el cambio de costumbres. No era tarea fácil, tampoco todos los misioneros jesuitas estaban de acuerdo en los límites de esta cuestión.

La autora desgrana, por orden cronológico, los principales escritos. Al hilo de sus comentarios vamos conociendo China poco a poco, desde los lugares de mayor actividad misionera, hasta las profundidades del territorio, a través de estudios cartográficos de gran detalle. Se pasa de lo teórico, del conocimiento más epidérmico, a un conocimiento práctico, hecho a fuerza de pisar el terreno, de hablar con las personas. Se explica lo que es China, su cultura y sociedad, sus conocimientos científicos y el valor que les daban; también la influencia que pudieron tener los cambios políticos –el fin de la dinastía Ming– según la interpretación de cada autor. Europa se va enterando así de la realidad china.

Además de viajar en el tiempo y en el espacio, de profundizar en muchos conocimientos científicos, de valorar problemas evangelizadores de fondo, al lector le quedan unas cuantas ideas: la importancia cultural y científica de la Compañía, la universalización y ampliación de fronteras del catolicismo, el papel central de Roma en la cultura europea del momento. El libro, con

sus protagonistas, supera fronteras: fronteras confesionales y religiosas en Europa y en China, fronteras científicas, fronteras metodológicas. En sus páginas asistimos al encuentro definitivo entre Europa y China, una realidad posible merced al trabajo esforzado e innovador, de los misioneros.

Agustín GONZÁLEZ ENCISO
Universidad de Navarra

Iñigo SOSA MAYOR

El noble atribulado. Nobleza y teología moral en la Castilla moderna (1550-1650)

Marcial Pons Historia, Madrid 2018, 462 pp.

Se trata de un amplio y documentado trabajo sobre los problemas morales que se planteaban los nobles de la época, que muestra el valor del juicio ético y de la conciencia en el comportamiento de la élite política y social. El autor, doctor en Lingüística y en Historia, es investigador en la Universidad de Valladolid y especialista, entre otros temas, en historia social de la teología.

El tema, poco trabajado en España, destaca por su importancia. Si la nobleza era un grupo dirigente clave, importa saber cuál era su sensibilidad y su actitud ante las exigencias morales en una época de profundos cambios. La documentación de base son las consultas que los nobles hacían a los teólogos sobre dudas en algunas facetas morales de su vida social, política y económica. La información es escasa, pero se compensa con un amplio bagaje bibliográfico, incluida historiografía europea, que muestra un contexto amplio y que compara la experiencia castellana con la de otros lugares. A pesar de la variada experiencia religiosa europea, hay coincidencias en los comportamientos.

En el capítulo primero el autor hace un breve análisis de la historia de la teología moral, de las corrientes teológicas del mo-

mento (en particular el auge del probabilismo), y del marco en el que se movían las dudas de los nobles: variados fueros de conciencia, justicia, antidora, por ejemplo, así como los criterios de los moralistas. Los demás capítulos (otros seis, más un largo epílogo), abordan el ámbito temático en el que las consultas se planteaban como la confesión, las formas de emitir las consultas y su proceso, quiénes las respondían, las cuestiones económicas (deudas, salarios de sirvientes, oficios públicos, beneficios eclesiásticos), la confesionalización en los señoríos, los pecados públicos y otros problemas de la vida cotidiana de los señores que les relacionaban con sus vasallos, con otros nobles o con la autoridad real.

El resultado es un abigarrado cuadro, muy completo, que desciende a innumerables detalles del *habitus* noble. Incluye un amplio elenco de personajes que hicieron consultas y de muchos autores que respondieron: algunos directamente; de otros se citan escritos que muestran soluciones posibles a las dudas planteadas. Entre los autores predominan los jesuitas, pero también están bien representadas otras órdenes religiosas. El estilo resulta descriptivo y es reiterativo;